

ha recordado (¡y de qué peso es la autoridad de esta mujer!) con esa franqueza magnífica que hace encolerizar a los mentecatos, que su obra de mentor «fué extraordinaria y que, pasados cinco años, de su reforma, cuanto se hace en la América del Sur con el nombre de *reforma educacional*, es saqueo bienaventurado de sus ideas y de su plan».

Cuando Hispanoamérica (¿y por qué no también España?) supo que el Maestro de la Juventud trocaba su cátedra de la Universidad en la otra, en la más elevada que puede aspirarse en un magisterio, se pensó en seguida en aquel iluminado, «el que sacaba las cosas de sí», y cuya obra de gobierno signe palpitando en el seno de la nacionalidad rioplatense. Y bien se sabe que al hablar del progreso de la Gran República, no es posible hacerlo, cabalmente, sin enaltecer al que fué uno de los sólidos pilares de aquella joven democracia.

Esta evocación instintiva, de Domingo F. Sarmiento, es signo venturoso del lugar que ha venido usted a ocupar en la conciencia de veinte pueblos. Se hizo por derivación, y sin ningún esfuerzo mental, un paralelo entre la Argentina de hoy y el México de mañana. Uno de nuestros mejores camaradas del Ecuador (César E. Arroyo), en su exaltación generosa (y severa la vez a lo Montalvo), llegó a forjar en libro conciso un panorama ideal de la tierra azteca para el año de 1935. Al mismo tiempo, uno de los «Creadores de la Nueva América», ilustre compatriota del Presidente-Educador, nos aconsejaba cómo debíamos nosotros, los hispanoamericanos, ver a México. Este país—decía Manuel Ugarte—, «es hoy la proa de la América Latina, no sólo a causa de las dificultades internacionales que le cercan, sino a consecuencia de los mismos problemas interiores que está resolviendo, problemas que, si miramos bien, afectan con mayor o menor intensidad a todas nuestras Repúblicas». Desde el Cabo de Hornos al Río Grande se repitió luego las graves palabras de este fervoso alertador: «Y preguntémosnos si, oscura o indirectamente, en medio de sus dolorosas audacias, no está México trabajando, en el vértice de la tempestad, por todos nosotros».

¿Cómo, pues, querido Maestro, podíamos permanecer neutrales y mudos en esta lucha cívica del pueblo que nos abrió las puertas de la más amplia ciudadanía? Usted mismo, en su periplo oficial nos enseñó a identificarnos con su patria, a amar a sus héroes. ¿Acaso hemos olvidado su sermón laico de Río de Janeiro al pie de la flamante estatua a Guauhtemoc?

Si hay algo de bello e innegable en el espíritu de la Revolución Mexicana, es ese hálito de confraternidad indoespañola que culminó con usted, desde la Secretaría de Educación Pública. Confesamos sin ambages, que no sabemos lo que debiéramos conocer de otros Estados gemelos: pero todos interpretamos, o, por lo menos, entrevemos lo que pasa en el extremo norte de nuestra frontera hispana, largo muro donde se es-

trella la civilización opuesta; de ahí nuestra inclinación por México y nuestra comunión perfecta con usted. Este, nuestro mirar desasosegado hacia el solar de Benito Juárez, no debiera confundirse nunca con la fea palabra que está en boga: «intromisión»; ni con la otra más irritante aún en los labios fraternos: «extranjería».

Con la Argentina potente, ágil, enhiesta, al Sur, y con un México, redimido y revivido después de tres lustros de sangría inútil, en el Septentrión, todavía la Patria Grande puede salvarse de este desquicio moral y terreno en que nos hallamos. Por eso acudimos a usted; por ello es que todos los ojos están fijos en el Valle de Anáhuac y en su Nuevo Constructor. El triunfo de su causa lo aspiramos por los intereses limpios de su nación y por nosotros. Y por la humanidad entera que necesita de estas floraciones para no caducar. Sabemos que su gobierno no destruirá, no elevará templos a Huitzilopochtli, sino que será Quetzalcoatl quien imperará como adusta norma. No la romperá usted, no precisamente porque la América le exige lo que no podría instarle a un verdugo, sino por el respeto que se debe usted a sí mismo, a sus semejantas y a sus hijos.

Pretendemos su victoria; votamos en nuestra conciencia por usted; nuestras madres, nuestras hermanas, nuestras esposas y nuestros infantes se han congregado alrededor de su candidatura. Pero bien sabemos que en las democracias (¡cuán lejos estamos de Atenas!) no sólo la cédula decide el destino de una colectividad. La mayoría ciudadana—en número y en calidad—y los «intereses creados» intervienen en la contienda política. Cada parte defiende un propósito deliberado. ¿Cuál de las dos vencerá? No es nuestra intención asentar pronósticos a la hora en que éstos ya no tienen razón de ser. Sus amigos del exterior no quieren decirle, a fuer de sinceros, que creen *absolutamente* en su triunfo. Lejos de nosotros esa vanidad profética. Ni derecho de vaticinar tenemos quienes observamos el desarrollo de esta lid a millares de leguas de distancia.

Cuando este Mensaje llegue a México, ya la suerte política de usted se habrá jugado, y el país se habrá hecho mercedor o no de una administración modelo como la suya. Sea el éxito o el fracaso, una verdad es indudable en medio de todos los ataques y contra ofensivas de esta recia batalla electiva: Ningún aspirante a la Presidencia de México—ni el propio mártir Francisco I. Madero, que surgió de la sombra a la más excelsa claridad—, ha tenido una opinión extramuros más favorable que la suya. No sabemos todavía nada de un triunfo eventual ni de una eventual derrota. Pero así como abundan los optimistas, no faltan, ¡ay!, en la fila de los nuestros, los escépticos. (Esta acedía

que es lo que corroe al Continente).

Si las cifras del cómputo le son adversas, y si mañana habría que comenzar de nuevo, toda Iberoamérica lo respaldará y estaremos por segunda vez con usted. Esto le dirá con secreta elocuencia, que su personalidad moral brota intacta, más noble que nunca, de esta jornada cívica que ha durado un año y, en la cual, no siempre la serenidad fué la nota predominante.

Si el pueblo de Guatimozin no le llama hoy a ocupar el más alto sitio de su país, otras provincias de América, atentas siempre a su palabra y a su apostolado, le suplican que se digne usted visitarlas, y aquí tengo en cartera, en primer término, la invitación que le hace por mi modesto conducto, el importante periódico *El Tiempo* de Bogotá, para que usted nos dicte en Colombia un ciclo de conferencias.

Yo sé que este ruego le congratulará por la suma simpatía que tiene usted y le merece la patria de Asunción Silva. Además, esta súplica viene de una publicación que usted aprecia y distingue en alto grado, en donde su pluma colabora al lado de sus amigos Nieto Caballero, Sanín Cano, Alejandro López, Francisco García Calderón, Max Grillo, Manuel Ugarte, López de Mesa, etc. Refiriéndose a su Director Propietario, acaba de escribir Gabriela Mistral (y yo sé cuánto estima usted esta opinión y por ello la menciono con especial deleite), que ella agradecía al Dr. Eduardo Santos que «en esa sábana liberal, que es su diario, no se nos estropee ni se nos ensucie ni se nos desdeñe nuestra creencia a los que la tenemos y que la llevamos con nosotros, porque no somos los que la dejan en casa». «La lectura del *Tiempo* me ayuda y me nutre el americanismo que cuesta alimentar lejos...»

Bien vale esta cita, porque se trata de la eminente pensadora chilena y del rotativo que lo invita a usted para este viaje fecundo a la tierra del Libertador. Los leyentes del *Tiempo*, que es toda Colombia, tendrían de esta suerte el goce de oírle de viva voz en el ruedo de la plática, y de aplaudir de cerca, su luminosa prédica de Maestro y de Civilizador.

Perdóneme que en mi afán de escribirle con premura, no haya tenido tiempo para ser breve. Sus amigos nos habíamos agrupado en torno de usted antes de la campaña electoral. Lo seguimos estando ahora. Sea lo que venga después, la lealtad o la ingratitud de los hombres, siempre nos hallará usted a su llamado. Eso era lo que numerosos admiradores suyos de América y de Europa, querían que yo dijese a usted.

Cierro la misiva con una frase suya, que es un saludo y una promesa del corazón: «Por mi raza hablará el Espíritu».

Carlos Deambrosis Martins

P. D.— Terminada esta carta noto que no sé adonde dirigirla, porque ignoro en qué lugar estará usted dentro de dos semanas, es decir, cuando la presente llegue a México. Se la mando pues,—y perdóneme esta libertad—, en *carta abierta*. Este procedimiento tiene el inconveniente—o la virtud—que el texto será leído por todo el mundo antes que llegue a manos del destinatario. Quizá algún amigo amable de usted—y no son pocos—hará llegar estas líneas de adhesión a su definitivo puerto de arribo (C. D. M.)

(Envío del autor)

Paris, 10 de Noviembre de 1929.